

LET IT COME DOWN.

LA PERSPECTIVA DE PAUL BOWLES DESDE EL OTRO COSTADO

Purificación Golpe Trelles / Instituto de Estudios Campogibraltareño
Licenciada en Filología Anglogermánica I

El cuento, como la fotografía, es un documento relacionado con un lugar y un punto en el tiempo concretos, vistos a la luz de ese momento particular.

Paul Bowles

Paul Bowles, escritor y compositor (Nueva York, 1910-Tánger, 1999) es uno de los creadores norteamericanos más destacado del siglo XX.

En sus comienzos artísticos se dedicó preferentemente a la composición, escribiendo la música para numerosas películas y producciones teatrales. Pero su traslado a Tánger en la década de los cuarenta y el poderoso influjo que ejerció sobre él el norte de África tuvo como consecuencia que el escritor acabase predominando sobre el músico.

Conocido principalmente por su primera novela, *The Sheltering Sky* (1949), llevada al cine por Bertolucci, Bowles fue también autor de obras como *The Delicate Prey* (1950), *The Spider's House* (1955) o la autobiografía *Without Stopping* (1972).

En la Escena 3 del acto III de *Macbeth* encontramos el siguiente diálogo entre el personaje de Banquo y sus asesinos:

BANQUO:	–Habrà lluvia esta noche.
ASESINO 1º:	–Déjala que caiga.
(Atacan a Banquo)	

Esta breve frase, que fascinó a Bowles desde su infancia, se convertiría con el tiempo en el título de su tercera novela, publicada en 1952 y en la que nos muestra, como en otras de sus obras, la desintegración del hombre "civilizado" en un entorno salvaje y primitivo.

Bowles visitó Tánger por primera vez en el verano de 1931, acompañado por su amigo Aaron Copland y allí, cautivado por la naturaleza de la vida norteafricana, produjo sus primeras composiciones.

Pero fue en 1949 cuando, en uno de sus muchos viajes, al cruzar el estrecho de Gibraltar y contemplar la ciudad sintió la necesidad de quedarse en Tánger. En ese momento comenzó a escribir *Let it Come Down* –traducida al español como *Déjala que caiga*–. El propio Bowles nos describe la génesis de su novela en el prólogo de la misma titulado "Treinta años después":

Este libro empezó a escribirse de una manera tal vez insólita. En diciembre de 1949 me había embarcado en Amberes en un carguero polaco con destino a Colombo. Cuando cruzamos el estrecho de Gibraltar era de noche y yo me hallaba en cubierta contemplando los destellos del faro de Cabo Espartel, el punto más noroccidental de África. A medida que navegábamos hacia levante, empecé a distinguir las luces de las casas de la Montaña Vieja. Más tarde, cuando nos acercábamos más a Tánger, se espesó sobre el mar una ligera bruma que dejó a la vista sólo el resplandor de las luces de la ciudad reflejado en el cielo. Fue entonces cuando sentí un deseo irracional e imperioso de quedarme en Tánger.

Hasta aquel momento ni siquiera se me había ocurrido hacer un libro sobre la Ciudad Internacional. Pero bajé a mi camarote, me metí en la dura litera y empecé a escribir una escena que tenía lugar en los acantilados que acabábamos de pasar. No iba a ser éste el comienzo del libro, pero sirvió como punto de contacto geográfico a partir del cual pude trabajar hacia adelante y hacia atrás en el tiempo (p. 12).¹

A partir de 1858 se produjo una triple penetración europea en Marruecos: Británica primero, por medio de un tratado de comercio, española tras la guerra de 1859-60 y finalmente francesa, por la convención de 1863. Esta triple rivalidad salvaguardó la independencia marroquí hasta que en la Conferencia de Algeciras de 1906 Francia se hizo reconocer su influencia en Marruecos.

Cuando en 1912 el sultán aceptó firmar el Tratado de Protectorado, España administró el Rif, Ifni y Tarfaya, y Francia ocupó el resto, recibiendo la ciudad de Tánger el estatuto de Zona Internacional, hecho que condicionaría la vida de la urbe durante largo tiempo. Precisamente en el año de publicación de *Déjala que caiga* el periodo internacional se acercaba a su fin. El propio Bowles expresa la inspiración del relato en una época conclusa:

La novela (...) se publicó por vez primera a comienzos de 1952, en el preciso momento en que se desarrollaban los disturbios que presagiaron el final de la Zona Internacional de Marruecos. Así pues, incluso en la época de su publicación, el libro trataba de una época pasada, ya que Tánger nunca volvería a ser lo mismo a partir del 30 de marzo de 1952. La ciudad a la que se celebra en estas páginas hace mucho tiempo que dejó de existir, y los acontecimientos que se relatan resultarían ahora inconcebibles (p. 11).

El personaje principal de la narración, Nelson Dyar, es un joven empleado de banca neoyorkino que, harto de una vida insulsa y anodina, decide viajar a Marruecos para trabajar en la agencia de viajes de un antiguo conocido. Pero a Dyar le falta carácter, autoridad y, sobre todo, voluntad. Cree que el mundo está formado por perdedores y ganadores y él es un perdedor –o así se siente en la ficción–:

Si no se era un ganador, se era una víctima y, al parecer, no había manera de cambiar las cosas. De nada servían las apariencias. No se trataba de tener aspecto de ganador ni de comportarse como uno de ellos (...); era una cuestión de convicción, de sentirse uno, de saber que pertenecías a la casta, de reconocer tu genio, estar seguro de él (pp. 211-212).

¹ Las citas se realizan a partir de la quinta edición en español de la obra cit., realizada por Alfaguara en Madrid en 2002.



El Tánger de Bowles. Archivo fotográfico Charles Alberty López (Loty). Junta de Andalucía.

Siempre está a la espera de que la vida le ofrezca algo, pero es incapaz de hacer nada por lograrlo. Cuando Daisy Valverde le pregunta qué desea de la vida, le responde:

(...) –Quiero sentir que recibo algo de ella.

–Eso no significa nada -dijo Daisy impaciente.

–Quiero sentir que estoy vivo, ¿no? Eso es todo, más o menos (...).

No posee, no quiere, no es nada –pensaba Daisy–. Sintió que debía compadecerse de él, pero no le producía lástima... le despertaba más bien un ligero rencor que neutralizaba las demás emociones (pp. 48-49).

Dyar carece de personalidad y el hecho de que sea manejado por todos es la única razón que podría provocar nuestra simpatía hacia él. En efecto, *madame* Jouvenon quiere que pase información a los rusos y Dyar, a pesar de sus temores, no es capaz de negarse y rechazar el cheque, mientras su amigo Wilcox sólo pretende que le ayude en los oscuros negocios encubiertos tras su agencia de viajes:

Dyar era la persona ideal para ese contacto: era absolutamente desconocido en la ciudad, su ignorancia sobre la naturaleza de la transacción constituía una gran ventaja y podía dársele el encargo como un aparte más de su trabajo diario, con lo que no habría que pagarle comisión alguna (p. 109).

Thami, otro personaje con el que trata el protagonista, intenta sacarle todo el dinero que pueda. Así, cuando Dyar se ofrece a pagarle cinco mil pesetas por el alquiler de su lancha y por acompañarlo a la zona española, encontramos las siguientes referencias:

Las emociones que suscitaba en Thami la insólita situación le empujaban aún más a abandonar sus modos de pensar europeos. La buena suerte, como la mala, desciende directamente de Alá hasta quien la recibe; el intermediario no tiene importancia más que como palanca que contribuye a obtener la máxima bendición (p. 283).

Los dos acontecimientos más importantes que tienen lugar en la novela: –el robo del dinero y el asesinato de Thami–, están basados en hechos reales. Al parecer, un crimen de similares características tuvo lugar en Francia y a Bowles le pareció un buen final para una novela; en cuanto al hurto, el propio autor nos señala cómo ocurrió el robo real y cómo lo llevó a la ficción: "El robo del dinero, tal como ocurrió en realidad, resultaba tan inverosímil que tuve que modificarlo para hacerlo más plausible" (p. 14).

¿Un ladrón? ¿Un asesino? Nunca cabría pensar que Nelson Dyar, tan indolente, tan falta de iniciativa, pudiese llegar a convertirse en un criminal, pero ahí está la genialidad de Bowles: las dos acciones resaltan aún más la personalidad del protagonista, pues ni siquiera estos dos actos delictivos son producto de un momento de determinación. El robo no es algo planeado, el dinero queda en sus manos al llegar tarde al banco para ingresarlo y lo único que ha de hacer es escapar a la zona española. El asesinato tampoco responde a una decisión personal: sencillamente, está tan drogado que mata a Thami con un clavo en el oído –que está dormido– al confundirlo con una puerta azotada por el viento.

El viento de la montaña le entró por la cabeza; su cabeza que era una caracola llena de cavernas; sus infinitamente suaves paredes rosa, delicadas, finas como el papel, captaban la luz de las brasas a medida que él se movía por las galerías.

–*Melly diddle din*– dijo en voz muy alta poniendo la punta del clavo lo más profunda que pudo en la oreja de Thami. Alzó la mano derecha y golpeó la cabeza del clavo con todas sus fuerzas (p. 411).

Como mencionamos anteriormente, el conflicto entre el hombre civilizado y un entorno desconocido y primitivo, que él busca, quiere y necesita pero que finalmente lo destruye, es un tema recurrente en la obra de Bowles.

Según el propio autor, Dyar es el único de los personajes perteneciente a la más pura ficción, pues para todos los demás se inspiró en individuos reales residentes en la internacional ciudad:

El protagonista (...) es el único personaje enteramente inventado; para todos los demás, utilicé como modelos a personas residentes de Tánger. Algunas de ellas viven ahora en otros lugares, las demás han muerto. El único personaje cuyo modelo sigue aquí es Richard Holland; ello se debe a que yo sigo aquí y se trata de una caricatura de mí mismo (p. 14).

Holland, aparece en el segundo capítulo del relato *Carne fresca y rosas*:

Dyar se puso rápidamente de pie. No le gustaba Mr. Holland; al parecer, este hombre encontraba simpática a la gente en la medida en que estaban dispuestos a oírle exponer sus teorías (p. 175).

Y Bowles no deja escapar la ocasión de exponer sus opiniones a través de su alter ego:

(...) hoy en día en la mayor parte del mundo, el profesar una religión no pasa de ser una mera cuestión política y no tiene casi nada que ver con la fe (...) pero no cabe hacer absolutamente nada para remediarlo. No podemos decidir sin más ser irracionales. El hombre ahora es racional y el hombre racional está perdido (pp. 183-184).

El hombre primitivo, pues, es el que habrá de subsistir y no el "civilizado": "(...) y si queda alguien después de todo, lo resolverán todo irracionalmente y el mundo volverá a ser feliz" (p. 184).

Por lo que respecta a los demás personajes, encontramos todo un muestrario representativo de lo que era el Tánger internacional: el hindú que desarrolla sus negocios ilegales ayudado por su familia de Gibraltar; el cambista judío; la espía rusa; la madura lesbiana americana que se enamora locamente de la adolescente marroquí, la cual, a su vez, pretende aprovecharse de ella; la marquesa de Valverde que puede vivir su vida sin las cortapisas que tendría en España o los ricos



Tánger bajo las nubes. Archivo fotográfico Charles Alberty López (Loty). Junta de Andalucía.

hermanos Beidaoui, con sus magníficas fiestas de los domingos por la tarde, que Bowles utiliza para darnos una panorámica de las relaciones sociales de la ciudad:

(...) cualquier miembro de las diferentes colonias europeas podía acudir allí sin perder prestigio; tal vez el hecho de que los anfitriones fuesen musulmanes creaba automáticamente entre los invitados un sentimiento de solidaridad que aceptaban de buen grado sin saber de dónde procedía (...) Muy pocos árabes eran invitados, pero había siempre tres o cuatro personajes del mundo musulmán: acaso el líder del Partido Nacionalista en la Zona Española o el redactor jefe del diario árabe de Casablanca, o un adinerado industrial de Túnez, o el asesor del jalifa de Tetuán. Y, en realidad, las reuniones se celebraban con el fin de agasajar a esos pocos invitados musulmanes, para quienes nunca dejaba de constituir un espectáculo el inexplicable comportamiento de los europeos. Éstos, en su mayoría pensaban, por supuesto, que a los musulmanes se les invitaba para dar color local a la fiesta, y alababan a los hermanos Beidaoui por su capacidad para discernir exactamente qué clase de marroquíes sabía relacionarse con extranjeros. (...) Se daba por sentado que eran dos galantes solteros que disfrutaban rodeándose de europeos (pp. 161-162).

En una ciudad controlada por todos y por nadie la corrupción, los negocios oscuros y el espionaje están a la orden del día. Los marroquíes buscan sacar provecho de los europeos, éstos a su vez no se pierden de vista los unos a los otros, aunque realmente poco haya que espiar en Tánger: Todos se conocen, todo se sabe y todos buscan su propio interés. Bowles nos ofrece una imagen del Tánger corrupto a través de la comparación que hace Richard Holland entre Tánger y Nueva York:

La vida gira exclusivamente en torno a obtener dinero. Casi nadie es honrado. En Nueva York tenemos Wall Street; aquí la Bourse; que no se parece a las *bourses* de otros sitios, sino que es el alma de la ciudad, su *raison d'être*. En Nueva York están los astutos hombres de finanzas, aquí los cambistas. Nueva York tiene estafadores. Tánger, contrabandistas. Están reunidas todas las nacionalidades y no existe orgullo cívico. Y todo el mundo está dispuesto a chuparle la sangre al prójimo. Realmente no es una comparación tan forzada, ¿no? (pp. 173-174).

Las múltiples nacionalidades están presentes en el relato, si bien podríamos decir que la visión que se nos ofrece es un tanto estereotipada. Así, los hindúes son astutos negociantes; los americanos, fanfarrones y grandes bebedores; los españoles, vehementes y orgullosos; los marroquíes taimados embaucadores y las damas inglesas, altivas y severas:

Los americanos se estaban emborrachando. Alguien vociferó: ¡Cuidado, pedazo de imbécil!, y un vaso se estrelló contra el suelo de baldosas. Las señoras inglesas se levantaron, pagaron y se fueron. Dyar pensó que habían calculado el momento de marcharse para mostrar su desaprobación. Las dos muchachas españolas vieron la mesa vacía y, recogiendo sus cosas, fueron hacia ella, pero cuando llegaron Dyar estaba ya sentado en una de las sillas.

–Estoy esperando a una dama –explicó sin añadir que de todos modos había llegado al bar antes que ellas. No se molestaron en mirarle guardando todas sus energías para sentirse profundamente indignadas (p. 127).

Como reflejo del mestizaje existente en la Zona Internacional, Bowles hace también un continuo uso de expresiones y frases en diferentes idiomas: árabe, francés, español, alemán..., lo que se observa en la escena en que la americana Eunice Goode abandona el burdel de la *madame* griega Papaconstante acompañada de la adolescente rifeña Hadija, donde las lenguas y hasta las monedas son prueba de multiculturalidad:

Eunice puso quinientas pesetas en la barra y dijo:

–*Bonne nuit, madame*, –y añadió dirigiéndose a Hadija–: *Ven*. (p. 105).

No sólo nuestro idioma y nuestra moneda están presentes. La novela está salpicada de abundantes referencias a España y los españoles. El país se nos presenta como atrasado, orgulloso, inculto y falto de elegancia. Así, los hispanos descritos son obreros, criadas, nuevos ricos... El diálogo que se establece entre Thami y Dyar cuando éste decide escapar a la Zona Española ejemplifica la imagen de nuestro país que Bowles pretende ofrecernos:

–¿Cómo es la Zona Española? –preguntó al poco rato.

Thami bostezó.

–Como cualquier sitio. Como América.

–¿Qué quieres decir con eso de "como América"? –insistió Dyar impaciente–. ¿Tienen luz eléctrica las casas? ¿Tienen teléfono?

–Algunas.

–¿De verdad? –Dyar estaba incrédulo. En Tánger había oído más o menos que la Zona Española era un lugar primitivo y se lo imaginaba como una especie de desierto cuyos escasos habitantes vivían en cavernas y hablaban con gruñidos o por medio de gestos.

–Pero en el campo –continuó Dyar– no tienen teléfono, ¿no? (...)

–Pues claro que sí. ¿Qué se cree? ¿Cómo van a gobernar el país sin teléfono? ¿Se cree usted que esto es el Senegal? –Senegal era la idea de Thami de país realmente incivilizado (pp. 335-336).

Luis Valverde es el único personaje de origen español inmerso en la "sociedad" de la ciudad y, aún así, este marqués no es más que el estereotipo del "señorito": vehemente, maleducado, amante de los caballos, buen tirador y orgulloso de su propia incultura, tópicos que conforman su descripción:

Luis (era) un español delgado e increíblemente moreno que lucía una capa de ópera y la manejaba con la misma arrogancia que un torero su mula; que era maleducado con todo el mundo sin llegar a ser realmente ofensivo; que empleaba un lenguaje increíblemente obsceno y, con todo, conseguía en gran medida seguir siendo un caballero. Poseía



Puerta de la Mandona. El mestizaje de Tánger. Archivo fotográfico Charles Alberty López (Loty). Junta de Andalucía.

una serie de fincas enormes en Andalucía que tenía muy pocas esperanzas de recuperar, incluso en el caso de que Franco fuese capaz de poner fin a la resistencia republicana (p. 290).

Existen también alusiones a algunas ciudades como Ceuta, Sevilla, Madrid, a la policía española, que pone gran empeño en conseguir toda la información posible sobre los extranjeros que visitan el Protectorado, a la Guerra Civil y a Franco. Durante la excursión realizada por Dyar y Hadija a los acantilados podemos leer:

(...) le gustaba la idea de poder ver Europa al otro lado sabiendo que estaba en África.

Señaló la gran cresta de color arenoso que había justo enfrente.

–España.

Ella asintió y se pasó un dedo por el cuello en un gesto significativo.

–Mal. Te matan.

–¿Qué sabes tú de eso? –Preguntó Dyar en tono de burla.

–Yo lo sé–dijo moviendo la cabeza arriba y abajo varias veces–. Tengo amigos que cuando vinieron aquí nunca quisieron volver. Un sitio de mierda. (p. 139).

Podemos decir, pues, que tras estas ideas comunes Bowles presenta una España no europea, que comparte muchos de los rasgos negativos del norte de África pero que, a diferencia de éste, carece de exotismo y atractivo.

El conflicto que se produce debido a la convivencia entre culturas tan diferentes como son la marroquí y la europea en la ínsula tangerina es una constante a lo largo de la novela y está magistralmente encarnado en el personaje de Thami, oveja negra de

la familia Beidaoui y "amigo" de Dyar. En Thami se produce una continua tensión: quiere seguir los modales europeos pero sus raíces marroquíes siempre acaban aflorando. En la primera parte del libro: *Zona Internacional*, Bowles nos presenta por medio de este conflictivo carácter una magnífica reflexión sobre las diferencias existentes entre ambas culturas:

Era típico de los europeos, pensó, el desanimarse y suspender todos los planes en cuanto existía una posibilidad de mojarse. Eran más prudentes que apasionados; sus miedos más fuertes que sus deseos. La mayor parte de ellos no tenían ningún deseo auténtico, aparte de ganar dinero, lo que al fin y al cabo no es más que una costumbre. Pero tan pronto como lo conseguían, no parecían usarlo nunca en un objeto o propósito concretos. Aquello era lo que le costaba comprender. Él sabía perfectamente lo que quería, siempre, igual que sus compatriotas (...). Con todo, no podía pensar en la masa de los marroquíes sin desprecio. Le sacaban de quicio su ignorancia y su atraso; si maldecía a los europeos en un comentario, en el siguiente no dejaba de criticar a los marroquíes. Aparte de él ninguno se salvaba y ello se debía a que se odiaba a sí mismo más que a nadie. Afortunadamente, no era consciente de eso (pp. 60-61).

Temas como el contrabando, el nacionalismo emergente, la tolerancia ante la homosexualidad, el consumo de drogas... se hallan también presentes en *Déjala que caiga*, pero cabe destacar la maestría del autor en la descripción de la ciudad, los mercados, los cafés y la variopinta galería de personajes que deambulan por ellos y muy especialmente el clima y el paisaje. Se trata de un paisaje agreste, castigado la mayor parte del tiempo por el viento y la lluvia, una lluvia opresiva y un viento constante que desempeñan un papel relevante en la novela, el cual no es sino reflejo de la apatía, la desesperanza y la soledad del protagonista y que hacen que un Nelson Dyar bajo el influjo de las drogas acabe cometiendo un asesinato. Y es con ese protagonista falto de carácter y voluntad, azotado por la lluvia y el viento, como finaliza la ficción: "Dyar permaneció allí en el patio un momento; la fría lluvia le iba mojando (...). La lluvia caía con fuerza y el viento había empezado a soplar de nuevo. Se sentó en la puerta y se puso a esperar. Todavía no había oscurecido del todo" (p. 424).

Podemos concluir que Paul Bowles elige el norte de Marruecos, su personal otro costado, como símbolo de la suma de los polos de la dicotomía entre civilización y barbarie. Se siente atraído por Tánger no sólo como promontorio desde donde ejercita su perspectiva, sino también como paradigma de lo exótico, de lo primitivista. Pero la ciudad posee además la condición de Zona Internacional y, en consecuencia, se encuentra contaminada por la civilización. En la propia esencia de la urbe existe una perversión: la civilización corrompe el universo primigenio del hombre. Como consecuencia de ello, Nelson Dyar, carente de voluntad y débil de carácter, al encontrarse inmerso en ese mundo liminar entre el hombre civilizado y el primitivo, resulta aniquilado. La frontera, lejos de favorecer la superación personal del protagonista, lo aboca al fracaso.